

En el momento de la muerte...

Fuente: THE DIGITAL NOTEBOOKS OF PAUL BRUNTON

Publicado en web-ur.com: 2025-09-30

Fecha última actualización: 2025-09-30

Traducido y editado por: JD Arimathea



PAUL BRUNTON
PHILOSOPHIC FOUNDATION



The Notebooks of
PAUL BRUNTON

En este artículo, hemos reunido varias notas de «Los Cuadernos de Paul Brunton» en los que el autor habla de la muerte, de lo que realmente ocurre en el momento en que abandonamos el cuerpo físico y de los procesos posteriores por los que transitamos una vez fuera del mundo material. Las «pérdidas» de seres queridos, la necesidad de comprender el verdadero significado de la muerte y nuestro regreso a este mundo terrenal en sucesivas vidas son temas que PB aborda con total naturalidad y explica con gran lucidez, ofreciéndonos una visión auténtica de este hecho ineludible de nuestra existencia.

A continuación, las valiosas reflexiones de PB sobre el evento de morir: el proceso de pasar a otra esfera de consciencia.

La vida finita del ser humano

La Vida-en-Sí-Misma es infinita e inmutable, pero 'hay' un final para el tipo de experiencia que vive el ser vivo en su fase humana finita.

Así como el sonido se funde en el silencio, pero puede resurgir más adelante, este pequeño yo se funde en el ser superior, del que también puede resurgir en otro momento.

Nos preocupamos por los días de una existencia que en sí misma no es más que un día. Una profunda tristeza se apodera del corazón cuando éste se da cuenta de la naturaleza transitoria de todas las cosas del mundo y de todo ser humano.

Sería curioso que el único propósito de la vida fuera la muerte, el cese de todo interés por todas las actividades incluidas bajo el epígrafe «existencia humana». ¿Acaso la inteligencia divina no tiene nada mejor que ofrecernos?

Si la decadencia y la desintegración no estuvieran presentes en alguna etapa, si nuestra esperanza de vida se duplicara, por ejemplo, los ancianos superarían en número a todos los demás sectores de la sociedad. El estancamiento desbordaría la vida cultural, porque la decadencia física se reflejaría en la mental. La Mente-Mundo (Dios) tuvo una idea mejor.

También las estrellas deben morir un día, más violenta y dramáticamente que la mayoría de los seres humanos, porque también ellas están bajo la ley de que todo lo que tiene un comienzo debe también tener un fin.

No es tanto porque la muerte prive al ser humano de sus posesiones y relaciones por lo que la teme, sino por la posibilidad de que le prive de su consciencia, es decir, de su yo, de su ego.

Con la muerte, la consciencia asume una nueva condición, pero no desaparece en el mero vacío, no es transformada en polvo junto con el cerebro físico. ¡No! Ella sobrevive porque es el verdadero Ser del individuo.

Quienes deploran, lamentan o se afligen por la inevitabilidad de la muerte la ven desde una perspectiva muy limitada y miope. Los más maduros deberían estar agradecidos de que los seres humanos no estemos condenados a permanecer confinados para siempre en un solo cuerpo: esto se convertiría sin duda en una fuente de ansiedad, si no de desesperanza.

Cuanto más disfrutan del mundo, más sufren cuando lo abandonan, a menos que hayan aprendido a establecer el desapego detrás del disfrute.

Ninguna fuerza puede ser destruida; solo puede ser redirigida. La vida es una fuerza; la muerte es su redireccionamiento.

Se han detectado campos eléctricos alrededor de todos los seres vivos mediante el uso de micro voltímetros de reciente desarrollo, pero no se ha detectado ningún campo alrededor de una persona fallecida. Hace muchos años, en el libro “La búsqueda del Yo Superior”, se reveló la existencia de una conexión electromagnética entre la fotografía de una persona y la persona misma, y también se registró su desaparición tras la muerte de esta. Así, la ciencia comienza a ofrecer una base para una parte de nuestra afirmación original.

Somos inquilinos en esta casa alquilada que es el cuerpo. No tenemos certeza de posesión. No hay ningún contrato de alquiler en papel pergamino con un sello del gobierno que garantice ni siquiera un año de permanencia.

La vida individualizada está condenada a morir para siempre, mientras que el TODO que recibe a los moribundos nunca puede morir.

El viaje de la vida de un ser humano siempre termina en el puerto de la muerte. Que no lo olvide cuando la fortuna lo lleve a una euforia indebida o la desgracia lo sumerja en una miseria indebida.

Este hecho triste y deprimente caracteriza a todas las cosas y criaturas: que ellas finalmente mueren, tienen una existencia transitoria, y en este sentido absoluto carecen de realidad. Aparecen por un tiempo, parecen tener sustancia y ser significativas; pero, en realidad son ilusiones prolongadas. Si esto fuera toda la historia sería muy triste. Pero no es así. Aquello de lo cual todo se origina, y a donde todo retorna, no muere. Aquello es lo Real, aquello es la Consciencia que dio existencia al universo del cual somos parte. A partir de aquello surge esta pequeña flor en cada vida que es el más elevado y superior ser. Si lo buscamos y lo descubrimos, recobramos nuestro origen, retornamos a nuestra Fuente, y como tal no morimos. Sí, las formas desaparecen al final, pero el ser dentro de ellas no lo hace.

De ordinario, la fecha e incluso el lugar de la muerte están predeterminados.

Es mejor salir del cuerpo físico con plena consciencia antes que en un estado anestesiado por fármacos. Esto se aplica más particularmente a los aspirantes espirituales. Pero cuando hay mucho dolor, el uso de anestésicos específicos puede ser inobjetable.

Morir pensando en aniquilación es una cosa; pero, morir para entrar en otra forma de consciencia es algo muy diferente. Es esto último lo que sucede cuando la fuerza de vida deja el cuerpo.

Existen las personas vivientes que son visibles y las que son invisibles. Ninguna persona ha perdido jamás su existencia ni ha sido destruida su consciencia, sino sólo su cuerpo.

Esta lección, de que el ser humano no es su cuerpo, ha de ser aprendida en los tiempos modernos mediante nuestra inteligencia que razona, así como en épocas anteriores fue aprendida mediante nuestros sentimientos creyentes.

Tan materialista se ha vuelto la comprensión religiosa de muchas personas, que solo aceptan como prueba más elevada —si no la única— de la vida después de la muerte, la apelación a sus sentidos burdos y no a su intuición fina o a su inteligencia racional. Es decir, la forma corporal de una persona muerta tiene que materializarse ante sus propios ojos o ante los de otra persona para convencerlos de que, después de todo, no ha perecido.

Solo en esos últimos días, horas o minutos, la mayoría de los seres humanos descubren la verdad de que a medida que un tipo de vida los deja a ellos y a su carne, otro tipo de vida se abre ante ellos.

Si la idea de la muerte horroriza a tanta gente, la idea del vacío —de la aniquilación total del ego, del abandono de todo y del cese del sufrimiento, la frustración y la ansiedad que pertenecen a la vida en el mundo— es una idea bienvenida para quienes piensan más profundamente. Pero como la vida es solo en parte sufrimiento, ya que también hay alegrías y satisfacciones en ella, y valores positivos que no deben sufrir destrucción, la filosofía ofrece una visión más equilibrada, y es que la consciencia, la consciencia real, no puede morir, sino que solo regresa a su fuente última.

El mismo destino que nos trajo a la vida nos llevará a la muerte. Y así como tras el nacimiento se desarrolló un drama con diferentes fases de consciencia, tras la muerte se desarrollará un mismo drama con cambios en la consciencia. No es a la aniquilación a lo que debemos temerle —porque eso no sucederá—, sino al mal dentro de nuestro propio Ser, y al sufrimiento que le sigue, al igual que una sombra sigue a una persona cuando camina a la luz del sol.

La muerte es el gran revelador

El acto de morir no conlleva ninguna sensación de asfixia, salvo durante el desmayo momentáneo. Por el contrario, es un proceso genuinamente liberador.

La muerte es el gran revelador. En esa experiencia vívida pero de ensueño que le sigue a la muerte, a cada ser humano le es mostrado lo que él realmente ha hecho con su vida en la Tierra, qué debería haber hecho con ella, y qué dejó de hacer.

Es paradójico que el momento de la muerte nos hace revivir nuevamente todo nuestro pasado. Tenemos que repetirlo todo de nuevo, esta vez desde otra perspectiva, dado que la acción egoísta, teñida y distorsionada del ego está ausente. Ahora, lo vemos desde una perspectiva impersonal y neutral. En otras palabras, vemos los hechos como lo que son en realidad, lo que significa que nos vemos como realmente somos. Una vez terminada nuestra breve experiencia, comenzamos a vivir como una persona en un sueño. Nuestra propia voluntad no es responsable de lo que nos sucede como soñadores, y lo mismo ocurre con lo que nos sucede como espíritus. Uno no elige, decide ni predetermina personal y conscientemente el curso de su vida espiritual, al igual que no lo hace en su vida onírica. Esta fluye por su propio acuerdo espontáneo, aquí como allí. Esto se le hace más evidente, si es una persona malvada, cuando la experiencia después de la muerte se convierte en una pesadilla.

En el caso de una muerte violenta o accidental, habrá un período de sueño profundo inconsciente para una persona normalmente buena, pero de estar conscientemente atado a la tierra para una persona malvada.

Sería erróneo decir que la revisión de imágenes de la experiencia de la vida que se tiene al morir es simplemente una transferencia mental de uno mismo... a esas personas con las que uno ha estado en contacto durante la vida que acaba de terminar, a medida que las imágenes se revelan ante uno. Lo que realmente sucede es una transferencia del falso ego al verdadero Ser, de lo personal a lo impersonal. Es una comprensión del verdadero significado de cada episodio de la vida desde un punto de vista más elevado.

Todas las posesiones quedan atrás cuando dejamos este mundo. Todas las pertenencias físicas, independientemente de su valor, toda relación humana, no importa cuán preciada sea, nos son quitadas abruptamente por la muerte. Esta es la ley eterna y universal que fue, es, y siempre será. No existe forma de engañarla o de derrotarla. No obstante, existen algunas personas que, en un único aspecto, escapan de esta separación. Son las que buscaron y hallaron, durante toda su vida terrenal, la inspiración de un maestro fallecido o las que se conectaron con un maestro vivo. Su imagen mental surgirá, vívida, en los últimos momentos de la encarnación, para guiarlas con seguridad a la primera fase de la existencia después de la muerte, para explicarles y tranquilizarlas sobre las nuevas condiciones desconocidas.

La vida humana es sólo un breve episodio dentro de nuestro inmensamente más extenso ciclo cósmico

Debemos alegrarnos de no vivir para siempre [en un cuerpo físico]. Este es un pensamiento aterrador. Si no existiera la muerte, continuaríamos y seguiríamos cautivos en el cuerpo, probando todas las experiencias que prometían mucho, pero que al final no daban nada. No; es bueno que al final seamos liberados de la tumba física, como la llamó Platón, y podamos disfrutar de un período de descanso digno hasta que volvamos a sumergirnos en la siguiente encarnación.

Lo que experimentamos en nuestra vida física parece tan real, tan duradero y tan íntimo, y aun así es sólo un breve episodio dentro de nuestro inmensamente más extenso ciclo cósmico.

Dado que la muerte es el futuro seguro de todos los seres humanos, siendo una característica inalterable de la Idea-Mundo, y dado que la vida sería intolerable si no se les concedieran tales pausas para recuperarse de sus exigencias, y por último, dado que no hay nada que alguien pueda hacer para evitarla, más vale que descartemos la forma negativa pero común de verla.

La tristeza de una flor marchita, con la cabeza marchita, el tallo arrugado y las hojas secas, es un sobrio recordatorio de la fragilidad de la belleza y de nuestro propio destino fatal.

Nadie puede evitar el saqueo del tiempo. Se lleva nuestros años y, al final, nuestra vida.

¿Por qué hablar solo del renacer? ¿Acaso no experimentamos la muerte con la misma frecuencia?

El final de la vida, como el de los viajes, está contenido en su mismo comienzo.

La confrontación con la muerte no es una perspectiva agradable para nadie que no se encuentre en una situación de sufrimiento extremo, ya sea emocional o físico. La idea de separarse de todo y de todos parece espantosa. Y, sin embargo, en el momento mismo, puede producirse un fallecimiento hermoso y tranquilo.

En tanto la persona escuche solo a su pequeño ego, y permita que la voz del Yo Superior continúe sin ser escuchada y desconocida, toda su sabiduría y cuidado serán de poco uso al final, cuando tenga que dejar el cuerpo, y la mente deba retornar a su propia y verdadera esfera.

La actitud humana habitual ante la muerte es alejar lo más posible de uno mismo su pensamiento, preferir no pensar en ella; la desagradable angustia, y tal vez el dolor, que con demasiada frecuencia acompañan el paso al otro mundo son demasiado desagradables, por no decir insoportables.

El trabajo interno de la filosofía nos libera del miedo a la muerte, ya sea que la muerte venga naturalmente a través de la vejez o que venga violentamente a través de otros medios.

Nadie tiene que enseñarnos a aferrarnos a la vida y a sentir repulsión por la idea de nuestra muerte. ¿Por qué esta actitud tan común?

Llega el momento en que la persona prudente, al sentir intuitivamente o al saber médicamente que ella ha entrado en los últimos meses o años de su vida, debe prepararse para la muerte. Claramente, se le pide un progresivo alejamiento de la vida mundana. Sus actividades, deseos, apegos y placeres deben dejar lugar al arrepentimiento, a la devoción, a la oración, al ascetismo y a la remembranza espiritual. Es tiempo de volver a casa.

La muerte es una preparación para volver a entrar en la vida

La vida es una preparación para la muerte, así como la muerte es una preparación para volver a entrar en la vida.

Cuando el alma se prepara o comienza a salir del cuerpo, pueden ocurrir dos cosas. Dependiendo de la dirección y la fuerza de sus apegos o deseos, es arrastrada lejos de ellos hacia la inconsciencia, una especie de sueño. O bien reconoce los lugares y las personas relacionadas con ella y, si tiene conocimientos o experiencia, coopera con el paso y se traslada a un plano superior para disfrutar de un sueño dichoso. Al cabo de un tiempo, ambos deben despertar para volver a la vida.

La vida que está en nosotros va, al momento de morir, a la vida que está en el Universo. No se pierde, está allí tan segura como estaba en nosotros. Luego de ello, reaparece en otra forma, en otro cuerpo.

La rueda de la vida no se detiene por mucho tiempo, pronto volverá a girar y pasará de la muerte al nacimiento.

La importancia de recapitular las lecciones de la vida y prepararnos para la próxima encarnación

Si todos hemos tenido muchas vidas anteriores en la Tierra, también hemos tenido muchas, muchas muertes anteriores en la Tierra. La experiencia real de morir debe dejar alguna lección, significado o mensaje residual en el subconsciente.

Quienes nos encontramos en la vejez con huesos frágiles y carnes reducidas, con cara arrugada y cabellos grises, podemos hallarla una experiencia deprimente. Pero, como cualquier otra situación en la vida, existe otra manera de verla —quizás en compensación por lo que sufrimos—. Consiste en recapitular las lecciones de la vida y prepararnos para la próxima encarnación de modo que podamos realizar mejor el trabajo necesario en nosotros mismos cuando llegue el momento.

No es agradable pensar en el deterioro que afecta a las facultades de tantas personas que viven hasta los setenta u ochenta años, pero es un pensamiento necesario para quienes tienen la mitad de esa edad o menos. Puede servir como recordatorio o incluso como estímulo para dar un mayor impulso al esfuerzo en la Búsqueda espiritual.

Existe una parte de uno mismo que no puede morir, no puede ser aniquilada. Pero, está muy profunda. El ser humano sabio la encuentra antes de la muerte del cuerpo físico y aprende a establecer su consciencia en ella. Los demás la encuentran en alguna fase de la existencia luego de la muerte física.

Se ha causado mucha confusión y se ha generado mucho ateísmo debido al conocimiento muy limitado y la gran ignorancia de muchos exponentes de la religión popular y los cultos espiritistas. Enseñan que el ser humano, tras una primera y breve aparición en este planeta durante un período insignificante (¿qué son setenta años frente a los millones de años que la geología proclama como su historia?), pasará a un estado post mortem en el que morará para siempre, es decir, por toda la eternidad. Que el pequeño ego, con todos sus atributos y cualidades, mantenga inalterada la identidad personal y la existencia personal de esa breve aparición en la tierra, congelada en la permanencia, sobreviviendo a la propia tierra, reunido con familiares y amigos, encontrándose entre los pueblos primitivos de la Edad de Hierro y entre los habitantes de las cavernas, es una idea ridícula. Es una idea tan absolutamente anticientífica, tan espantosamente opuesta a la religión verdadera, que resulta absurda.

A la mayoría se le educa para que se sienta satisfecha con la perspectiva de vivir (después de la muerte) en la eternidad (como egos). Pero una parte restante que ha reflexionado larga y profundamente sobre lo que esto realmente significa se estremece ante la misma perspectiva.

La eternidad a la que se supone que entramos después de la muerte, en la que se supone que una forma y un ego particulares se conservan para siempre, es absurda. Pero existe una verdadera eternidad en la que se trascienden la forma y el ego, el tiempo y el espacio.

La vida entre encarnaciones

La vida entre encarnaciones consiste en un estado semejante a estar soñando seguido de un periodo que se asemeja al sueño profundo. Sin embargo, cuando salimos de ese estado, no tenemos recuerdo alguno de nuestra encarnación anterior.

La diferencia entre la vida como habitualmente la conocemos y como se manifiesta entre encarnaciones es que aquí tenemos una aparente mezcla de dos mundos, el mental y el fenoménico, mientras que allí solo existe el primero.

Pasamos a través de estados oníricos y de estados de sueño profundo después de la muerte tal como lo hacemos antes de esta.

La percepción del tiempo entre encarnaciones varía. Lo que para unos son cinco minutos, para otros son cien años.

Con la comprensión de la vida en el cuerpo llega el conocimiento de lo que es la vida sin el cuerpo, o sea, la muerte. Las dos son existencias en la Mente, la cual es la realidad de ambas.

Cuando el tiempo llega, el cuerpo se desecha, pero la consciencia permanece. Esta pasa por varias experiencias y finalmente entra en sueño profundo. Después de un tiempo, despierta profundamente renovada. Luego, las viejas tendencias lentamente reviven y la consciencia retorna a este mundo, en un nuevo cuerpo y en un nuevo ambiente.

Lamento decir que la teosofía de los últimos tiempos ha exagerado el valor de la individualidad en contraste con la teosofía de Blavatsky, quien conocía la verdad. Permítanme decirles que el llamado plano astral es equivalente al mundo de los sueños y nada más. Por lo tanto, el estado después de la muerte es, después de todo, como un sueño muy vívido. Por lo tanto, en la verdadera escuela esotérica no prestamos mucha atención a estos asuntos, sino que nos preocupamos por la vida aquí y ahora, en esta tierra, con la que tenemos que lidiar, nos guste o no.

El periodo después de la muerte, semejante a un sueño, no carece de valor. Funciona como un recordatorio, antes de cada nuevo nacimiento, acerca del verdadero propósito de la vida.

Cuando alguien mata a una persona, la Ley de las Consecuencias (Karma) le obliga a llevar consigo el cadáver de esa persona allá donde vaya. Al principio lo hace en imágenes mentales que le provocan miedo al castigo, pero tras la muerte volverá a 'ver' a la víctima y a 'oír' sus gritos.

En el momento de la muerte...

¡Cuán insignificantes le parecerán todos los hechos y los logros mundanos a quien está muriendo! Es tanto una ironía como una tragedia que usemos nuestra corta vida en la Tierra para perseguir aquello que después nos daremos cuenta de que es

inútil, y para cumplir deseos que nos causan dolor. En el momento de la muerte, el ser humano ve la película de su pasado como un flash que pasa ante sus ojos mentales y, entonces, descubre esta ironía y siente esta tragedia.

Escenas completas de los años transcurridos desde la infancia hasta el momento presente se desarrollan ante la mirada mental del espíritu durante la experiencia post mortem.

Personas que se estaban ahogando pero que fueron salvadas y sobrevivieron cuentan su vivencia del tiempo yendo hacia atrás y toda su vida siendo reproducida. Esta es una experiencia no sólo de ellas, sino que le sucede a todos los que atraviesan el portal de la muerte.

La muerte de seres que amamos

El estudiante ha aprendido que la muerte del cuerpo es extrínseca a la consciencia, la cual continúa viviendo sin cambios en sí misma. Pero, cuando la muerte reclama el cuerpo de alguien que amamos, nuestra fe es puesta a prueba. En ese momento, debemos recordar que la persona amada realmente ha alcanzado una etapa más elevada de vida.

La pérdida de un ser querido es un duro golpe, para el que la mayoría de las personas no están debidamente preparadas, ya que aún no están dispuestas a afrontar el hecho ineludible de que toda vida está marcada por la fugacidad, la pérdida y el dolor. Solo refugiándonos en la inmortalidad del Yo Superior y descubriendo la verdad y la sabiduría del Propósito Divino podemos también aprender a soportar el sufrimiento que traen consigo los constantes cambios de la vida. «Dejar ir» es la lección más difícil de aprender; sin embargo, es la más necesaria para el crecimiento espiritual.

La muerte de un ser amado suele ser una experiencia muy importante, y la reacción que se tiene ante ella muestra el grado de desarrollo alcanzado. Hay que recordar que, a veces, es mejor que un ser amado fallezca si con ello se libera de una enfermedad grave y dolorosa. También debemos alegrarnos al pensar que el ser amado ahora ha pasado a una esfera de existencia donde es posible encontrar la felicidad, la dicha, la comodidad y el descanso como solo se pueden imaginar pero no es posible encontrar aquí. Podemos estar seguros de que el ser amado está realmente en un mundo mejor donde sólo el lado hermoso de la vida puede penetrar y donde las cosas feas y viles nunca pueden encontrar refugio. Podemos ayudar más en esos momentos con un recuerdo amoroso ocasional cuando la meditación alcanza el punto culminante. Para el aspirante sensible, una experiencia como ver la muerte cara a cara, por así decirlo, es siempre muy importante. Debe marcar el comienzo de un nuevo periodo, de una evaluación más vívida del carácter transitorio de la vida terrenal, y dar lugar a una poderosa aspiración por arrancar algo de carácter duradero a los relativamente pocos años que pasamos en este nivel espacio-temporal.

Quien ha tenido la «buena fortuna» de tener un cónyuge cariñoso no debería reclamarle al Destino cuando su pareja le es quitada. El mismo Karma que los ha puesto juntos también ha interrumpido la relación. Pero, esto es solo temporal. Realmente no hay pérdida, dado que la consciencia en momentos de silencio le habla a la consciencia. El amor y la compañía de elevada calidad actuarán como una fuerza de atracción para volver a juntarlos en algún lugar, en algún momento. Muchos sienten esto en su comprensión interior.

Cuando se comprende adecuadamente la muerte

Cuando se comprende adecuadamente la muerte y se siente profundamente la inmaterialidad del ser, ya no habrá funerales tristes. Si el difunto ha tenido una encarnación larga y plena, su fallecimiento se aceptará filosóficamente. La persona en duelo se enfrenta al problema de adaptarse a un nuevo ciclo de la vida externa. Durante el período de transición, puede sentirse sola e insegura sobre el futuro. En esos momentos, hay que buscar el significado interno tanto de este período como del ciclo que se avecina.

Para alguien que cree que la vida continúa más allá de la muerte del cuerpo, un funeral parece un asunto innecesario. Sin embargo, obliga a los dolientes a recordar y pensar, durante unas horas, en lo que normalmente olvidan: que ellos también deben partir, que todos los asuntos personales llegan a un final abrupto y que la persona misma debe separarse de todas sus posesiones. Este ritual, que de otro modo sería aburrido y tedioso, es un recordatorio saludable.

La cremación es un desafío definitivo y categórico. Si realmente creemos que nuestra alma es nuestro verdadero ser, o incluso si creemos que nuestro poder pensante es nuestro verdadero ser, entonces no podemos tener ninguna objeción a

la cremación, sino, por el contrario, su plena aceptación. El método de enterrar cadáveres solo es adecuado para quien cree que esta fuerza pensante es un producto del cerebro del cuerpo, es decir, para un materialista.

El honor que se le muestra a un cadáver al intentar prolongar su forma está fuera de lugar. Es una contradicción flagrante aceptar el credo de la supervivencia y luego dar a la carne muerta lo que se le debería dar al alma viva. Un funeral debería ser un hecho totalmente privado. Un servicio funerario racional debería llevarse a cabo para recordar la memoria del difunto, y celebrarse no en presencia sino en ausencia del cadáver. Lo más sensato sería cremar el cadáver, no enterrarlo.

La salud psíquica y espiritual de una comunidad requiere la erradicación de los cementerios.

Cuando el sufrimiento alcanza su punto álgido o la frustración se prolonga durante demasiado tiempo, cuando el corazón se resigna a la desesperanza o la mente a la apatía, las personas suelen decir que no desean seguir viviendo y que esperan la llegada de la muerte. Sin embargo, solo piensan en la muerte del cuerpo. Esto no resolverá su problema, ya que la misma situación, bajo otra apariencia, se repetirá en un nacimiento posterior. La única solución real es buscar la realidad interior de su anhelo de muerte. Lo desean porque creen que les separará de sus problemas y decepciones. Pero estas son 'las cargas del ego'. Por lo tanto, la separación radical de estas solo se puede lograr separándose permanentemente del ego mismo. Entonces llegará la paz, y será para siempre.